

Kosovo y el final del Estado-nación

Václav Havel

Reproducimos aquí el texto del discurso pronunciado por el presidente de la República Checa Václav Havel ante las cámaras parlamentarias de Canadá el 29 de abril de 1999. Traducción, a partir de la versión inglesa, por Carles Subiela.

Se perciben todos los indicios de que la gloria del Estado-nación como culminación de la historia de toda comunidad nacional, y su más sublime valor en la tierra —el único, de hecho, en el nombre del cual es permisible matar, o por el cual se espera que muera la gente— ya ha pasado su punto álgido. Da la impresión de que los ilustrados esfuerzos de generaciones de demócratas, la terrible experiencia de dos guerras mundiales —que tuvieron tanto que ver con la aprobación de la Declaración Universal de Derechos Humanos— y la evolución de la civilización finalmente han llevado a la humanidad al reconocimiento de que los seres humanos son más importantes que el Estado.

En este nuevo mundo, las personas —a pesar de las fronteras— están conectadas de mil formas diferentes: a través del comercio, de las finanzas, de la propiedad y la información. Esas relaciones conllevan una amplia variedad de valores y modelos culturales que tienen una validez universal. Es un mundo, además, en el que una amenaza contra alguien tiene un impacto inmediato en todos los demás, en el que por muchas razones, principalmente por los enormes avances de la ciencia y la tecnología, nuestros destinos individuales se están fundiendo en un solo destino, y en el que todos nosotros —tanto si nos gusta como si no— debemos empezar a asumir la responsabilidad por todo lo que ocurre. En dicho mundo, el ídolo de la soberanía del Estado tiene que disolverse inevitablemente.

Es evidente que el amor ciego por el propio país —un amor que no cede ante nada más allá de él mismo, que disculpa todo lo que hace el propio Estado sólo porque es el país de uno mismo, pero que rechaza todo lo demás sólo porque es diferente— necesariamente ha llegado a ser un anacronismo peligroso, una fuente de conflicto y, en los casos más extremos, de inmenso sufrimiento humano.

En el próximo siglo creo que la mayoría de Estados empezarán a evolucionar de entidades de culto cargadas de emoción hacia entidades mucho más simples y más civilizadas, hacia unidades administrativas menos poderosas y más racionales que representarán sólo una de las muchas formas complejas y multiestratificadas en las que se organiza nuestra sociedad planetaria.

Con esta transformación, la idea de no-ingerencia —la noción de que no es asunto nuestro lo que ocurre en otro país ni si allí se violan los derechos humanos— se desvanecerá por la puerta trasera de la historia.

Pero, ¿qué ocurrirá con las muchas funciones que sigue ejerciendo actualmente el Estado?

Fijémonos primero en la función emocional que el Estado juega en nuestras vidas. En mi opinión, ésta se debería redistribuir entre las otras áreas que configuran nuestra identidad. Con esto me refiero a los diferentes niveles de lo que percibimos que es nuestra propia casa y nuestro mundo natural: nuestras familias, las empresas para las que trabajamos, las comunidades en las que vivimos, las organizaciones a las que pertenecemos y nuestra región, nuestra profesión, nuestra iglesia, todo hasta nuestro continente y, finalmente, nuestra Tierra, el planeta en el que habitamos. Todos estos son los diferentes ambientes en los que se forman nuestras identidades y en los que vivimos nuestras vidas. Y si nuestro vínculo con el Estado, que ha llegado a estar tan hipertrofiado, se tiene que debilitar, pues que se debilite de forma que beneficie a todos los otros niveles de nuestra identidad.

Las responsabilidades prácticas del Estado —sus poderes legales— sólo se pueden traspasar en

dos direcciones, hacia abajo o hacia arriba: abajo, a las organizaciones y estructuras no gubernamentales de la sociedad civil; arriba, a las organizaciones regionales, transnacionales o globales. Esta transferencia de poderes ya ha empezado y, en algunos casos, ha recorrido un largo camino. En otras áreas, ha avanzado menos. Pero, evidentemente, este proceso está en marcha y debe continuar para avanzar en ambas direcciones.

Si los Estados democráticos modernos habitualmente están definidos por cualidades como su respeto por los derechos humanos y las libertades, la igualdad que disfrutaban sus ciudadanos y la existencia de una sociedad civil, entonces la condición hacia la que se moverá la humanidad, y lo tiene que hacer en bien de su propia supervivencia, probablemente se caracterizará por un respeto universal o global por los derechos humanos, por la igualdad cívica universal y el imperio de la ley y por una sociedad civil global.

Uno de los mayores problemas en la formación de los Estados-nación fue su definición geográfica y la determinación de sus fronteras. Muchos factores incidieron en ello: étnicos, culturales, geográficos y militares.

La formación de comunidades regionales o transnacionales más grandes se verá en ocasiones lastrada por los mismos problemas, algunos de ellos heredados de los Estados-nación participantes. Pero debemos hacer todo lo posible para asegurar que la evolución más allá del predominio del Estado-nación no sea tan penosa como lo fue la misma constitución de dichos Estados-nación en nuestra historia.

Pondré un ejemplo. Canadá y la República Checa ahora son aliados porque ambos somos miembros de la Alianza del Atlántico Norte. Esto es la consecuencia de un importante proceso histórico –la expansión de la alianza en orden a incluir a los países de la Europa Central y Oriental. Es el primer paso serio e históricamente irreversible hacia la eliminación del telón de acero, y hacia un desmantelamiento –con hechos, no sólo con palabras– de las disposiciones que se acordaron en el Tratado de Yalta.

La expansión de la OTAN, como todos sabemos, no ha sido fácil. Sólo ha llegado a ser una realidad diez años después del fin de la Guerra Fría y de la división bipolar del mundo. Una de las muchas razones por las que este proceso ha sido tan difícil es la oposición de la Federación Rusa, que ha cuestionado, ansiosamente y con falta de comprensión, por qué el Oeste se estaba expandiendo y se acercaba a Rusia sin incluirla a ella misma. A pesar de otros motivos que pueda haber tenido, la posición de Rusia revela una cosa muy interesante: la incertidumbre respecto de dónde empieza y termina lo que podríamos llamar el mundo de Rusia o el Este. Cuando la OTAN le tiende a Rusia una mano para asociarse, lo hace con la suposición de que hay implicadas dos entidades grandes e iguales: el mundo euro-atlántico y una enorme potencia euro-asiática. Estas dos entidades pueden, y deben, tender sus manos una a otra y cooperar porque ello coincide con el interés del mundo entero. Pero sólo lo pueden hacer así si son conscientes de sus propias identidades: en otras palabras, si saben dónde empieza y dónde termina cada una de ellas. Históricamente, Rusia siempre ha tenido un cierto problema con esto y sin duda lo está arrastrando hasta el momento actual, cuando la cuestión crucial ya no es dónde empieza o dónde termina un Estado-nación concreto, sino dónde empieza o dónde acaba una determinada región de cultura o civilización.

De hecho, hay mil aspectos que unen a Rusia con el mundo euro-atlántico o el Oeste, pero también hay mil formas en las que difieren –igual como América Latina, África, el Extremo Oriente u otras regiones o continentes difieren entre sí–. El hecho de que estos mundos, o partes del mundo, difieran unos de otros no significa que uno es más importante que el otro. Todos son iguales. Simplemente sucede que también son de alguna manera diferentes entre sí. No es vergonzoso ser

diferente. Rusia considera muy importante que se la vea como una gran potencia, que merece un trato especial en tanto que poder mundial. A pesar de todo, incluso Rusia está cediendo ante la expansión de la Alianza del Atlántico Norte y un día llegará a aceptarla. Esperemos que cuando ello ocurra, tal aceptación no sea meramente una expresión de la «comprensión de la necesidad», como decía Engels, sino de una nueva y más profunda comprensión de sí misma. Igual como otros países tienen que aprender a redefinirse en este nuevo mundo multicultural y multipolar, así lo tiene que hacer Rusia. No puede continuar sustituyendo la megalomanía, el mirarse al ombligo, por una autoconfianza natural, sino que tiene que comprender también dónde empieza y dónde termina. Debe comprender, por ejemplo, que Siberia, con sus enormes espacios e inmensas reservas naturales, es propiamente una parte de Rusia, pero que la pequeña Estonia no lo es, y nunca lo será, y que si Estonia considera que pertenece al mundo representado por la OTAN o la Unión Europea, entonces lo tiene que entender y respetar, no verlo como una expresión de hostilidad.

He intentado demostrar que el mundo del siglo XXI –si la humanidad tiene éxito a la hora de contrarrestar los peligros que ha forjado contra ella misma– será un mundo de cooperación cada vez más cercana y equitativa entre entidades mayores, principalmente supranacionales y que abarcará incluso continentes enteros. Para que tal mundo llegue a ser una realidad, cada entidad y esfera individual de cultura y civilización tiene que ser nítidamente consciente de su propia identidad, debe entender qué la hace distinta de las demás y aceptar que su diferencia no es ninguna dificultad sino simplemente una contribución altamente específica a la riqueza y variedad de la comunidad global. Por supuesto, eso mismo debe ser entendido también por los que, por el contrario, tienen tendencia a considerar su propia «alteridad» como base para sentimientos de superioridad.

Una de las organizaciones más importantes en las que todos los Estados y todas las entidades supranacionales grandes pueden encontrarse para debatir y discutir en términos de igualdad, y que toma innumerables decisiones importantes que preocupan al mundo entero, son las Naciones Unidas.

Opino que si la ONU tiene que ejercer las funciones que el próximo siglo le encomendará, deberá someterse a una reforma significativa. El Consejo de Seguridad, el órgano más importante de la ONU, no puede seguir manteniendo el estatus que se le atribuyó cuando se constituyó. Ahora tiene que reflejar más fielmente el mundo multipolar de hoy en día. Tenemos que reconsiderar si todavía es apropiado, incluso hipotéticamente, que en el Consejo de Seguridad un país puede vetar al resto del mundo. Tenemos que reconsiderar qué países grandes, poderosos y poblados deberían estar ahora representados permanentemente en él, y repensar el modelo de rotación para los miembros no permanentes, y muchas cosas más.

Tenemos que hacer que la inmensa estructura de la ONU sea menos burocrática y más eficaz. Tenemos que encontrar fórmulas para alcanzar una genuina flexibilidad en la toma de decisiones, sobre todo en la Asamblea General. Y lo más importante de todo, debemos asegurar que todos los ciudadanos del mundo vean a la ONU como su organización, una organización que verdaderamente les pertenece y no como un club de elite de los gobiernos. Después de todo, lo que esta organización hace por los habitantes de nuestro planeta es más importante que lo que hace por países individuales como Estados. Por esta razón, los métodos de financiación de la ONU probablemente también habrían de ser reformados, así como el proceso de aprobación de declaraciones y su aplicación. Aquí no es cuestión de abolir las competencias de los Estados miembros y establecer algo parecido a un superestado en el ámbito mundial. Sólo se pretende asegurar que todas las cuestiones no sean manejadas por siempre exclusivamente por países individuales o sus gobiernos. En interés de la humanidad, de sus libertades, sus derechos y su misma vida, es necesario crear más

La aceptación de la diferencia no es una dificultad, sino un enriquecimiento de la comunidad global.

canales por los que las decisiones de los representantes de la ONU reviertan en los ciudadanos y, a través de ellos, los ciudadanos puedan dar a conocer su voluntad a sus representantes. Esto significará un mayor equilibrio y una responsabilidad mutua más amplia.

Espero que quede claro que no estoy en contra de la institución del Estado como tal. En cualquier caso, sería bastante absurdo que un jefe de Estado abogara por la abolición del Estado ante los órganos representativos de otro Estado.

Estoy hablando de otra cosa, del hecho de que existe algo que tiene más valor que el Estado. Ese valor es la humanidad. Se supone que el Estado existe para servir a la gente, no al revés. Si una persona sirve a su país, debería esperarse que lo sirviese sólo hasta el extremo necesario para que el Estado sirva bien a todos sus ciudadanos. Los derechos humanos son superiores a los derechos de los Estados. Las libertades humanas representan un valor más elevado que la soberanía estatal. La ley internacional que protege al ser humano individual debe tener una mayor consideración que la ley internacional que protege a un Estado.

Si nuestros destinos ahora se están fundiendo en uno solo, si cada uno de nosotros asume la responsabilidad para el futuro de todos nosotros, entonces nadie, ni siquiera un país, puede limitar el derecho de cualquier persona a ejercer esta responsabilidad de una forma real. Los países individuales deben abandonar gradualmente una categoría de política exterior que, hasta hoy, normalmente ha sido fundamental en su pensamiento: la categoría de los «intereses nacionales». Los «intereses nacionales» es más probable que nos dividan que nos unan. Evidentemente, cada país



tiene sus propios intereses particulares, y de ningún modo es necesario abandonar esos intereses que son legítimos. Pero debemos reconocer que hay algo más allá de estos intereses: los principios que aceptamos. Los principios, en cualquier caso, a menudo nos unen más que nos separan. Es a través de los principios como medimos la legitimidad o ilegitimidad de nuestros intereses. Pienso que está fuera de lugar que un país proclame que defender un principio concreto es en interés «del Estado». Los principios se han de cumplir y defender por ellos mismos, tal como son. Sólo entonces nuestros intereses se pueden derivar de ellos.

Por ejemplo, para mí no sería correcto decir que es en interés de la República Checa que haya una paz justa en el mundo. Por el contrario, el principio de la paz justa en el mundo se tiene que anteponer, y los intereses de la República Checa se deben subordinar a ella.

La alianza a la que Canadá y ahora la República Checa pertenecen está sosteniendo una lucha contra el régimen genocida de Slobodan Milosevic. Esta lucha no es fácil ni popular y podemos discrepar sobre sus estrategias y tácticas. Pero hay una cosa que ninguna persona razonable puede negar: ésta es probablemente la primera guerra que no se ha declarado en nombre de «los intereses nacionales», sino más bien en nombre de principios y valores. Si se puede decir de alguna guerra que es ética, o que se lleva a cabo por razones éticas, ése es el caso de esta guerra. Kosovo no tiene

pozos de petróleo codiciados; ningún miembro de la alianza tiene demanda territorial alguna sobre Kosovo; Milosevic no amenaza la integridad territorial de ningún miembro de la alianza. Y sin embargo la alianza está en guerra. Está luchando preocupándose por el destino de otros. Está luchando porque ninguna persona decente puede limitarse a observar el asesinato, sistemático y dirigido por el Estado, de otro pueblo. No se puede tolerar tal cosa. No se puede flaquear a la hora de proporcionar asistencia si está en nuestras manos hacerlo.

Esta guerra sitúa los derechos humanos por encima de los derechos del Estado. La República Federal de Yugoslavia ha sido atacada por la alianza sin un mandato directo de la ONU. Esto no se ha producido de manera irresponsable, como un acto de agresión o de falta de respeto por la ley internacional. Ha ocurrido, por el contrario, a causa del respeto por la ley, por una ley que se sitúa por encima de la ley que protege la soberanía de los Estados. La alianza ha actuado por el respeto a los derechos humanos, tal como lo dictan la conciencia y las leyes internacionales.

Éste es un importante precedente para el futuro. Se ha dicho de forma muy nítida que sencillamente no es permisible expulsar a la gente de sus casas, torturarla, confiscar sus propiedades y asesinarla. Lo que se ha demostrado aquí es que los derechos humanos son indivisibles y que, si se comete una injusticia contra un ser humano, se comete contra todos.

A menudo me he preguntado a mí mismo por qué los seres humanos tienen derechos. Siempre he llegado a la conclusión de que los derechos humanos, las libertades humanas y la dignidad humana tienen sus raíces más profundas en algún lugar fuera del mundo perceptible. Estos valores

Rudy Burkhardt
Siracusa, 1951



son tan poderosos porque, en ciertas circunstancias, la gente los acepta sin coacción y está deseosa de morir por ellos y tienen sentido sólo desde la perspectiva de lo infinito y lo eterno. Estoy profundamente convencido de que lo que hacemos, si está en armonía con nuestra conciencia, la embajadora de la eternidad, o en conflicto con ella, sólo se podrá valorar finalmente en una dimensión que yace más allá del mundo que vemos a nuestro alrededor. Si no percibimos esto, o lo asumimos subconscientemente, hay algunas cosas que no podremos hacer nunca.

Permítanme que concluya mis observaciones sobre el Estado y su probable función en el futuro con la afirmación de que, si bien el Estado es una creación humana, los seres humanos son la creación de Dios.